

La Unidad de Psicología: De la pasantía estudiantil a la Coordinación del Área Clínica

María Alejandra Corredor

Licenciada en Psicología y Especialista en Psicología Clínica Comunitaria (Universidad Católica Andrés Bello). Excoordinadora del Área Clínica de la Unidad de Psicología “Padre Luis Azagra, s.j.”. Profesora y Jefa de Cátedra de Evaluación Psicológica I. Profesora de Evaluación Psicológica 2. Profesora de la Especialización en materias de Evaluación, Clínica Infantil y Practica I, donde dirige las reuniones clínicas de los estudiantes del post grado. Psicoterapeuta y Supervisora. Presidenta de la Asociación Venezolana de Psicodiagnóstico (AVEPSICO). Asesora de diversas empresas en la selección de personal. Profesora de cursos varios relativos a pruebas psicológicas. Investigadora asociada a la Sociedad de Cuentos de Hadas (Atenas, Grecia).

Mi relación con la Unidad de Psicología se remonta a los años 90, específicamente al año académico 1993-1994, momento en el que comencé a realizar las anheladas prácticas profesionales de la cátedra *Psicología Clínica* del 5^o año de la carrera. Nos dijeron que era un nuevo sitio de prácticas, no tenía nombre, tan sólo nos dijeron quedaba diagonal a la Iglesia de Antímano y frente a un estacionamiento de autobuses. Parecía que para la profesora era obvio que sabríamos identificar el lugar. Nosotros tan sólo nos mirábamos incrédulas de poder llegar sin perdernos, no existían los teléfonos inteligentes donde uno puede poner la localización; sólo contábamos con la inteligencia personal de identificar la Iglesia, el estacionamiento y el saber acercarnos a la comunidad. Cuando uno está en quinto año de la carrera nos mueve un deseo imperioso de ver pacientes, de ayudar y quizá, omnipotentemente, de curar. Así que sin duda llegaríamos.

Era un lugar modesto, poco conocido en la comunidad. En él había un salón de reunión, dos o tres espacios para atender pacientes y una minúscula recepción, todo un poco tenebroso la verdad, porque era muy oscuro y como un hueco con laberintos internos, pero a la vez estaba repleto de entusiasmo, de ganas de servir y de crear. Recuerdo un día muy especial, que hoy revivo con emoción y redescubro como una anécdota de esas que dejan una impronta en la formación profesional y personal. Esperábamos que alguien entrara a solicitar atención; oímos un ruido y todas saltamos emocionadas de las sillas para ver quien se quedaba con el potencial paciente, pues aún no había un gentío esperando para ser atendido, como sucede hoy en día. Entra una señora de treinta y pico de años con su ropa andrajosa, su cara sucia, olía realmente mal, lucía drogada y desorientada. Frente a esa imagen, más que emocionarme me asusté, no tenía la menor idea de que hacer y ninguna de mis compañeras tampoco, sólo nos mirábamos cómo diciéndonos “¿y ahora qué?” Nunca nadie nos enseñó que hacer en estos casos”. De inmediato llega el profesor Romero, nos mira y se percata de nuestra angustia colectiva expresada, por demás, vívidamente de forma histérica. Se acerca a la señora de forma pausada mientras nosotros lo que queríamos era salir corriendo y huir del lugar. Le toca el hombro y le habla mirándola a los ojos, la lleva a la puerta con una calma admirable mientras le explica lo que hacemos allí. El profe parecía inmune al terrible olor. La señora sale del lugar con la misma tranquilidad que el profesor transmitía. Esa nobleza, la empatía, la ecuanimidad y la absoluta seguridad del profesor en ese momento fue una de las mejores clases de clínica que tuve en la universidad y sin duda marcó y consolidó mi interés por brindar ayuda psicológica a personas que viven en condiciones de inequidad, lo cual he hecho desde aquel entonces hasta hoy en día.

Era un lugar que permitía un aprendizaje constante y tanto mis compañeras como yo compartimos las ganas de crear, pues además teníamos la responsabilidad de haber sido el primer grupo de estudiantes en estar en ese lugar. Lo primero que pensábamos era que tenía que existir un nombre “pegajoso” para que la comunidad nos terminara de

MARÍA ALEJANDRA CORREDOR

recibir como parte de ella. Un colega y esposo de una de mis compañeras, también psicólogo de la UCAB, Daniel Ghelman, propuso el nombre de UNACLIP y diseñó el logo. La idea era simbolizar que la atención psicológica puede estar en cualquier espacio, así como un clip que está prácticamente en todas partes, que uno lo puede llevar sin mucho peso auestas. Así quedó bautizada la unidad (Unidad de Atención Clínica Psicológica). Nuestra promoción, la primera en estar en la Unidad, dejó el nombre, el logo y los primeros formatos para la recolección de las historias como aporte. Ya nos teníamos que ir y graduar, sin embargo, tuve la oportunidad de vivir de cerca el crecimiento y la consolidación de UNACLIP, aunque ya desde un lugar diferente, pues pasados un par de años era la esposa del profesor de UNACLIP.

En 1999, UNACLIP comienza a mudarse a Parque Social de la mano del Padre Azagra. Para ese entonces yo terminaba mi Especialización en Psicología Clínica Comunitaria y me tocaba, otra vez, acercarme a la Unidad como pasante de postgrado, en una nueva sede, un espacio iluminado y sin laberintos. A finales de ese año, ocurre el deslave de la Guaira y esta tragedia nos abrió un camino, nada fácil, para poner en acción todo lo aprendido desde la formación en el postgrado. Sin duda, la UCAB y nosotros como pasantes de la Unidad nos abocamos a trabajar en la atención psicológica en esos momentos. Fue un reto muy duro y complicado, pues creo que ninguna de las tres psicólogas que estábamos ahí tenía la experiencia de haber vivido situaciones como esas, aunque sí teníamos la convicción de que era indiscutible el estar ahí y eso hicimos.

Para el año 2000, se decide que la Unidad, en su nueva sede, debería contar con psicólogos de planta. Surge el reto personal de postularme o no para el cargo. Si me van siguiendo las ideas con atención y logran leer entre líneas, imaginan lo complicado que era para mí la decisión de hacerlo o no. Tener a tu esposo como jefe no era una decisión nada fácil, pero como algunos de ustedes me conocen, saben que lo fácil me resulta aburrido. Tuve una larga charla con el Padre Azagra antes de tomar la decisión; bueno la verdad yo hable mucho más que el Padre, él tenía la habilidad de escuchar con mucha atención y a la vez decir pocas palabras, pero generalmente muy acertadas. Tanto el postularme o el no hacerlo implicaba un reto personal y profesional, tan sólo tenía que elegir cuál era el mejor. Diecisiete años después les cuento que tomé la decisión correcta. Me postulé y quedé seleccionada, junto con María Alejandra Barreto, Iván Pazo, Débora Urribari, Manuel Llorens y Esther Chacón, bajo la Coordinación del profesor Romero.

Fueron años de cuestionamientos teóricos, de probar estrategias, de formarnos como equipo, de querernos, de pelearnos y cuidarnos entre nosotros, de generar espacios de reflexión, de repensarnos a nosotros mismos, de innovar y de sistematizar la experiencia que estábamos viviendo. Fue un equipo maravilloso, con múltiples discusiones teóricas y de una camaradería especial. Quizá hoy con humildad puedo decir que comenzamos a definir lo que hoy en día transmitimos a nuestros estudiantes de lo que entendemos como la psicología clínica comunitaria en Venezuela.

La Unidad es un lugar donde nos situamos en dos polos; ahí escuchamos el sufrimiento a flor de piel, como el de una madre a quien le han asesinado a tres de sus cuatro hijos, o el de una madre que le explica a su hijo de cuatro años que Dios mandó a buscar a su padre mototaxista porque era el mejor de todos y Dios necesitaba un mototaxista en el cielo, cuando en realidad este había sido asesinado de cinco tiros antes de ser encontrado, tirado, en el callejón. A la vez descubrimos la capacidad de recuperación y resiliencia. Pudimos acompañar a una joven capaz de establecer un vínculo de pareja sano después de haber sido violada por su padre a lo largo de toda su infancia, y a un niño de siete años aprender a leer luego de que en la psicoterapia se develara que su inhibición académica se debía a su angustia por resignificarse del sexo opuesto al cual nació. Una de mis tareas y retos personales fue integrar ambos lados para poder fortalecer al otro y de forma paralela fortalecerme a mí misma. Un día en el colegio le preguntaron a

uno de mis hijos qué hacía su mamá y él expresó que ella era especialista en tragedias; quizá una muy buena definición de lo que es ser psicóloga clínica comunitaria.

La Unidad fue y es un espacio para cuestionar constructos. Recuerdo muchas reuniones clínicas donde tratábamos el tema de las secuelas de la escena primaria, pues las condiciones de vida de las personas que atendíamos para ese entonces implicaban que todos convivieran en un mismo cuarto, el colecho era lo cotidiano. ¿Cómo era posible que el control de esfínteres se alcanzara tan prontamente en estos niños y que no tuvieran manifestaciones traumáticas asociadas a cuadros obsesivos? Entonces, ¿cuáles serían las patologías que se presentarían en el futuro?, ¿cómo entendíamos el rol del padre?, ¿cómo manejábamos el tema de los honorarios en una población que en ocasiones deja de asistir porque no tiene dinero para el transporte?, ¿qué hacer con el encuadre y con la flexibilidad necesaria para que el trabajo en este contexto fuese eficiente?, ¿cómo protegíamos a los niños abusados sexualmente y a las mujeres víctimas de violencia de género?, entre muchos temas más.

Fueron unos años muy productivos y reproductivos, pues en esos años nacieron mis hijos y es obvio que en alguna anécdota saldrían. Un día llegaba del Parque y me pidieron jugar. Les digo que me den un ratito: “estoy cansada, vengo del Parque”. Uno de ellos me mira y me dice con enojo: “tú todos los días vas al Parque y nosotros no; no entiendo por qué estas cansada si vienes del Parque y por qué si eres grande vas siempre al Parque”. Entre risas y conmovida, me di cuenta de lo paradójico del nombre del Parque y del significado que tenía para mí esta paradoja, pues el trabajo que realicé cada día en la Unidad fue realmente gratificante y, si cabe la palabra, “divertido”.

La Unidad fue creciendo en todos los sentidos. De los pioneros o fundadores no queda ya ninguno. Muchos colegas han pasado por ahí y han contribuido de forma especial. Hoy día nadie pone en duda la importancia de la misma, el aporte a nuestra formación y la invaluable contribución a la formación de los estudiantes que pasan a realizar sus prácticas profesionales tanto en pregrado como en postgrado. Ha sido una escuela de formación para muchos egresados. Puede que me equivoque pero creo que desde el año en que se fundó la Unidad, algún egresado de cada promoción se ha quedado trabajando y haciendo valiosos aportes por un tiempo en la Unidad.

La Unidad pasó de tener sólo cinco psicólogos de planta y un psiquiatra, a tener cinco áreas de desarrollo: clínica, psiquiatría, escolar, investigación y proyectos con más o menos 16 psicólogos, uno a dos psiquiatras y una antropóloga/artista. A lo largo de esos años, bautizamos a la Unidad con el nombre Unidad de Psicología “Padre Luis Azagra, s.j.”, de ahí sus siglas actuales, UPLA. Para los que formamos parte del equipo fundador, pensamos que el Padre se lo merecía y que la Unidad también.

Para finalizar, sólo quiero comentar que mi recorrido por la Unidad comenzó siendo pasante de pregrado en 5to año de la carrera y culminó con la Coordinación del Área Clínica, que conduje hasta el año 2015. Muchos roles, múltiples aprendizajes y variadas enseñanzas. Para mí, un lugar mágico y dinámico que me retó cada día a repensar y a crear junto a otros quiénes somos, dónde estamos y hacia dónde vamos. Es un lugar donde siempre se puede “hacer” psicología clínica.